

La LEYENDA del
HECHICERO

— EL ELEGIDO —



TARAN MATHARU

LA LEYENDA
DEL HECHICERO
EL ELEGIDO

Traducción de Milo J. Krmpotić

Título original: *Summoner. The Outcast*

© Taran Matharu Ltd. f/s/o Taran Matharu, 2018
© por la traducción, Milo J. Krmpotić, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: septiembre de 2020
ISBN: 978-84-08-22778-6
Depósito legal: B. 6.779-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotapapel
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1

Arcturus se encogió aún más entre las sombras del establo, esperando a que llegara la madrugada. El fragor de la taberna de al lado se había reducido a un suave murmullo, pero todavía no era seguro salir.

Si todo iba según lo planeado, su amo no tardaría en hacer sonar la campanilla de la medianoche para anunciar a los parroquianos que ya era hora de que dirigieran sus pasos borrachos a casa o, si tenían suerte, a una habitación de la posada que había en el piso superior. Sólo entonces se pondría Arcturus en movimiento.

Era un plan que había concebido a lo largo de diez años, casi dos tercios de su joven existencia. Iba a escapar de las palizas, las interminables horas de trabajo duro y las magras raciones que constituían su única recompensa.

Puesto que era huérfano, el valor de Arcturus venía determinado por los réditos de su trabajo en lugar de por las cualidades de su carácter. El buey del puesto que tenía al lado estaba mucho mejor alimentado que él; después de todo, lo habían comprado a un precio que multiplicaba en varias veces el que su amo había pagado por él en el asilo de pobres del lugar. Arcturus tenía menos valor que una bestia de tiro.

El sonido de la campana sacó a Arcturus de sus pensamientos. La puerta de la taberna se abrió con un chirrido y, a continuación, el crujido de la gravilla le indicó que los bebedores se marchaban; sus roncas carcajadas se fueron desvaneciendo hasta que volvió a reinar el silencio. Pese a ello, Arcturus dejó pasar diez minutos antes de abandonar lentamente las sombras y adentrarse en el aire nocturno del establo. Se ajustó el macuto y se preguntó si tenía todo lo que necesitaba.

Fugarse no era lo mismo que huir, cosa que Arcturus había aprendido a través de la amarga experiencia. Al principio, antes de que lo vendieran al posadero, los niños huían a menudo del asilo de pobres. Y siempre regresaban varios días después, muertos de hambre, tras haber sido golpeados o algo peor.

No había trabajo para aquellos muchachos escuálidos y analfabetos que no tenían adónde ir. Arcturus sabía que, en caso de huir sin estar preparado, acabaría mendigando restos de comida antes de regresar a la posada con una mano delante y otra detrás. Lo más probable era que lo enviaran de vuelta al asilo de pobres. Tendría que regresar al infierno terrenal.

Arcturus hincó una rodilla en la paja del establo y volvió a comprobar el contenido de su macuto. Cuarenta y dos chelines: los ahorros de toda una vida, procedentes de propinas, monedas sueltas y caridad. Le darían para pasar algunas semanas, hasta encontrar una nueva fuente de ingresos. El grueso abrigo de piel del que un vendedor de paso se había deshecho por la mancha de vino que adornaba su centro, pero que seguía siendo adecuado para los propósitos de Arcturus: no se helaría si tenía que pasar la

noche al raso. El cuchillo de sierra que había robado de la cocina de la taberna con gran riesgo. Aunque no sería una gran arma contra un bandolero, le tranquilizaba. Dos velas, algo de pan y panceta, y varias piezas sueltas de ropa completaban sus provisiones. Era suficiente para ofrecerle una posibilidad.

El relincho de un caballo en la oscuridad le recordó por qué había escogido aquella noche. Era una oportunidad que no se le había presentado nunca antes. Un joven noble había llegado apenas unas horas atrás, exhausto tras una larga jornada a caballo. No se había molestado en descargar sus alforjas, se había limitado a tirarle desdeñosamente las riendas del animal a Arcturus y a entrar con paso pesado en la posada para pagar una habitación en la que pasar la noche. El joven se había mostrado lo bastante grosero como para que Arcturus sólo sintiera una punzada de culpa ante la idea de robarle.

Arcturus sabía hacia dónde se dirigía el noble. Cuando alcanzaban la mayoría de edad, los primogénitos acudían a la Academia Vocans para aprender el arte de invocar demonios. La academia estaba muy lejos de allí, en Corcillum, la capital, al otro lado del Imperio de Hominum. Con un poco de suerte, las alforjas contendrían todo lo que Arcturus pudiera necesitar para un viaje parecido, por no mencionar el hecho de que las posesiones del acaudalado noble podían ser extremadamente valiosas.

Se acercó furtivamente al caballo, haciendo chasquear la lengua para tranquilizarlo. Como mozo de establo, sabía tratar a las monturas, y aquélla no era distinta a las demás, pues se puso a frotar la palma de su mano con el hocico

como si buscara un puñado de comida. Él le acarició el morro y desabrochó las alforjas, que cayeron al suelo.

Arcturus buscó en cada uno de sus bolsillos, y se le cayó el alma al suelo al descubrir que la gran mayoría de ellos estaban vacíos. No era de extrañar que el noble se hubiera ido sin las alforjas.

Aun así, el corcel representaba el verdadero premio. Eran muchos los caballos que habían pasado por ese establo, pero aquél era un semental magnífico, de patas largas, ancas musculadas y ojos claros e inteligentes. Sería capaz de dejar rezagado a cualquier jinete que pudiera seguirle, tanto si se trataba de ladrones, de bandoleros o incluso de pinkertones, el cuerpo de policía de Hominum. No sería extraño que éstos persiguieran a un huérfano fugado si la recompensa era lo suficientemente alta.

Arcturus hurgó en el último bolsillo y sonrió al tocar algo sólido. No logró verlo bien a la tenue luz del establo, pero el tacto le indicó que se trataba de un rollo de cuero. Lo desplegó sobre el suelo y notó la textura seca del pergamino que contenía.

El fino hilo de luz de luna que atravesaba los listones del techo le permitió ver las letras negras impresas en la página. Levantó el pergamino hacia la luz y las examinó con mayor detenimiento.

La capacidad lectora de Arcturus era pobre; su educación se había limitado a un año de estudios en el asilo. Por fortuna, los libros que los viajeros abandonaban en sus habitaciones acababan a menudo sumándose a sus posesiones, y eso le había permitido practicar con el paso de los años. Había acabado leyendo mejor que la mayoría de la gente, pero aún tenía que acompañarse pronunciando las palabras en voz alta.

—Do rah lo fah lo go... —susurró las sílabas. Aunque no tenían sentido fue incapaz de detenerse, sus ojos estaban pegados a la página. Mientras hablaba, una sensación extrañamente familiar inundó su cuerpo. Comenzó siendo una especie de aturdimiento leve y creció gradualmente en intensidad a medida que cada nueva palabra rodaba por su lengua. El gris del establo pareció volverse más brillante, los colores que veía cobraron mayor intensidad—. Sai lo go mai nei go... —Las palabras no cesaban. Sus ojos recorrían la página de un lado al otro como si estuvieran dotados de voluntad propia.

Con el corazón disparado, Arcturus sintió que algo se removía en su interior. Hubo un titileo en la oscuridad del establo. Entre sus pies, el envoltorio de piel comenzó a despedir una luminosidad violeta y un patrón resplandeciente brotó en su superficie. De reojo, Arcturus vio el perfil de un pentáculo, rodeado por símbolos en cada una de las puntas de la estrella. Su brillo palpitaba como un corazón vivo y lo acompañaba un suave zumbido.

Cuando llegó a la última línea de la página, en el aire se formó una bola giratoria de luz que creció hasta convertirse en un orbe brillante que abrasó su visión. Se le taparon los oídos mientras el zumbido se transformaba en un rugido que crecía en volumen con cada segundo que pasaba.

Arcturus dijo las últimas palabras, arrancó la mirada de la página y se tiró al suelo llevándose las manos a las orejas. Sintió que un calor feroz lo bañaba, como si estuviera tumbado junto a una hoguera enorme. A continuación, de manera tan repentina como cuando cae un relámpago, el mundo de Arcturus se detuvo.

Una nueva forma de silencio cubrió el establo como una manta. Lo único que lo rompía era la respiración pro-

funda y llorosa del muchacho, que cerró los ojos con fuerza y se quedó hecho un ovillo en el suelo. Sabía que debía ponerse en marcha, recoger sus cosas y partir al galope antes de que alguien acudiera a investigar. Pero el hielo del miedo se había apoderado de él, lo había dejado petrificado sobre la fría tierra del establo.

Se oyó un chasquido. El caballo del noble había roto su ronzal y sus cascos sonaron atronadores mientras salía disparado hacia la noche. La luz, el calor y el ruido habían sido demasiado para el animal, por bien adiestrado que estuviera. Al darse cuenta de que su mejor oportunidad para escapar acababa de salir galopando por la puerta, el terror de Arcturus se convirtió en desesperación.

La paja crujió en la oscuridad. Le siguió un gruñido grave. Arcturus se quedó inmóvil y contuvo el aliento. Mantuvo los ojos cerrados y permaneció completamente quieto. Si se hacía el muerto, quizá lo que había allí se marcharía en busca de una presa más interesante.

El ruido se intensificó, fue acercándose cada vez más, hasta que pudo notar el aliento cálido y húmedo de la criatura en su oreja. Una lengua se deslizó por su rostro y fue dejando un rastro de saliva mientras lo cataba. Arcturus se puso en tensión, sabedor de que tendría que luchar.

Con un grito, se puso en pie de un salto y lanzó un golpe con el puño cerrado. Se encontró con un hocico peludo y con la recompensa de un aullido mientras la criatura caía hacia atrás. Envalentonado, Arcturus le pegó otro golpe, lo que hizo que la criatura se escabullera entre las sombras de manera torpe, tambaleándose y tropezando consigo misma en su carrera.

Arcturus cogió su macuto y corrió hacia la puerta. La

posada seguía a oscuras, no había señales de movimiento. Sonrió aliviado al darse cuenta de que aún tenía una oportunidad para escapar. Con un poco de suerte, el caballo no estaría muy lejos.

Pero, en el momento de echar a andar, le asaltó una sensación extraña. De dolor y... de traición. Negó con la cabeza y avanzó otro paso, pero la sensación se intensificó. Arcturus percibió que algo se removía en los límites de su consciencia. De algún modo, la criatura estaba ligada a él, como si existiera entre ambos un cordón umbilical mental. De repente, el muchacho se vio abrumado por una inmensa sensación de soledad y abandono, dos emociones que le resultaban demasiado familiares.

Se volvió y miró hacia la oscuridad del establo. Bajo la luz de la luna, la entrada se abría como la boca de una cueva, envuelta en sombras. La criatura gimoteaba, como un perro al que su amo le hubiera dado un puntapié. Se sintió culpable, pues el demonio no había hecho más que lamerle la cara. Pues claro..., un demonio. Después de todo, el noble iba camino de la Academia Vocans para aprender el arte de invocarlos. ¿Era eso lo que acababa de hacer Arcturus? ¿Había invocado a aquel demonio? Pero se trataba de algo que sólo podían hacer los nobles... ¿o no?

Como si hubiera notado su culpa, el demonio salió tambaleándose del establo y parpadeó para acostumbrarse a la luz de la luna. No era tan grande como Arcturus había pensado: apenas tenía el cuerpo de un perro de buen tamaño. De hecho, también tenía cabeza de perro, con un par de grandes ojos azules, tras los que había otro par más pequeño. Era completamente negro, y una cresta de pelo grñudo recorría su lomo para transformarse en una cola tu-

vida, como la de un zorro, si bien la criatura la meneaba de una manera que hacía pensar en una mascota ansiosa. Pero lo más extraño de todo era su cuerpo, musculado como el de un gato montés, con extremidades poderosas y unas garras afiladas y peligrosas.

—¿Qué eres? —susurró Arcturus mientras levantaba la mano en un gesto apaciguador. Notó que el miedo del demonio se disipaba, reemplazado por el deseo entusiasta de complacerle.

El demonio dio un paso cauteloso hacia él y le lamió la mano con una lengua áspera y húmeda.

Arcturus lo observó con mayor detenimiento mientras le acariciaba la cabeza. Pese a su tamaño, la criatura parecía joven, con esa cabeza demasiado grande y esas extremidades gruesas y torpes que le daban un aspecto de cachorro.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó Arcturus mientras rascaba por debajo de la barbilla a la criatura, que cerró los cuatro ojos y echó el hocico hacia atrás al tiempo que resollaba de placer. Con cada movimiento de sus dedos, Arcturus experimentaba una aguda sensación de satisfacción en los límites de su consciencia.

—Apuesto a que cualquier bandolero que se cruce con nosotros se lo pensará dos veces antes de atacarnos, ¿eh? —murmuró con una sonrisa—. Esperemos que no asustes también al caballo, porque esta noche vamos a necesitarlo.

Se volvió justo a tiempo de ver la porra que se dirigía contra su cara.

Dolor. A continuación, la nada.